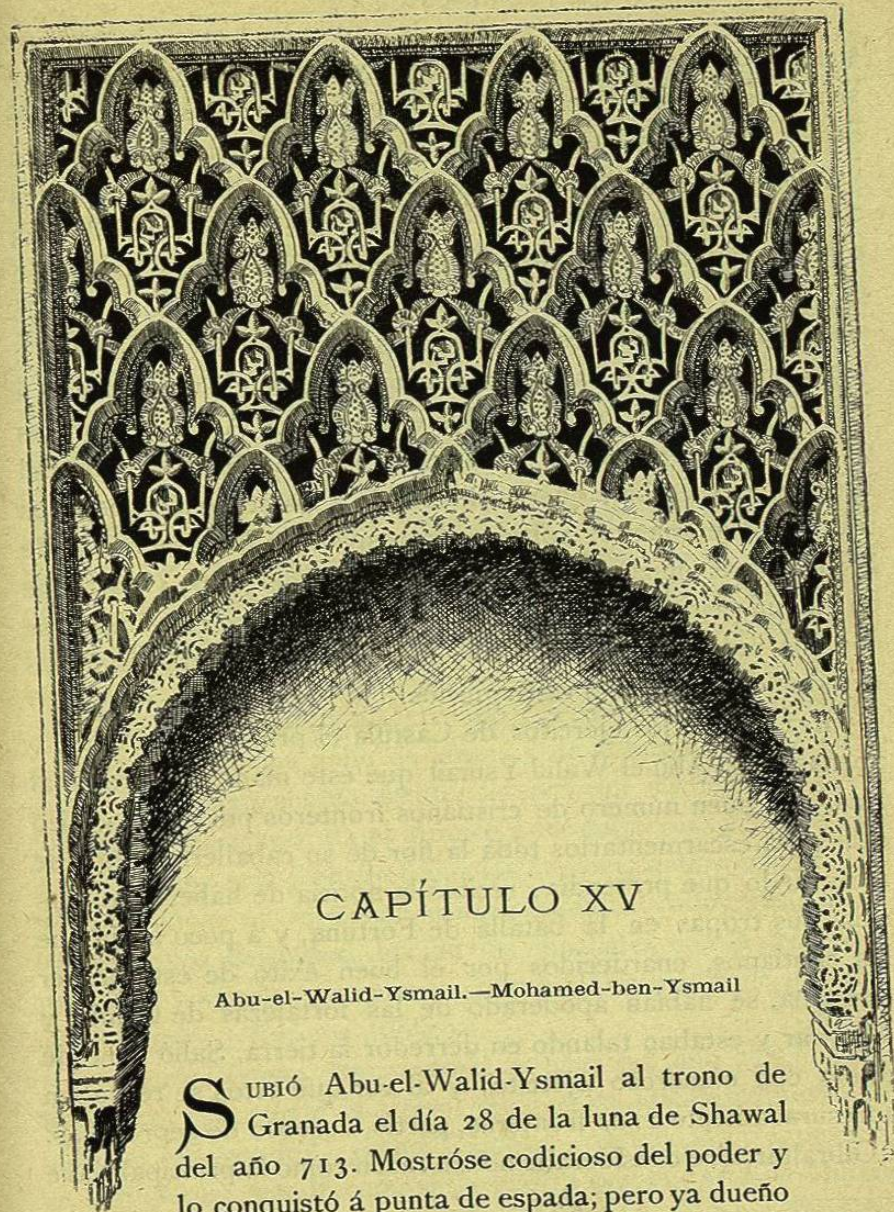


salida del lucero de la religión, desde el alba de la ley fué su trono de ellos el mejor amparo de las criaturas : Oh señor de la bondad y de la humanidad, tu casa fué mina de juicio, de prudencia, de virtud y de beneficencia, y hallaron en ti lo que deseaban cuantos tuvieron la suerte de conocerte y acercarse á ti: la nobleza y excelencia del orbe, el resplandor de la bondad en su cara como la luz del día que quita las sombras. Nunca estuvo la luna en más perfecto y hermoso plenilunio: los altos méritos de Abul-Giux dan de sí olor vivo como el mosco precioso se descubre aun en sellado bote. Cúbrale Dios con su misericordia, con la cual se sirva ponerle en eterna morada de delicias (CONDE, parte 4.ª cap. 16.)



CAPÍTULO XV

Abu-el-Walid-Ysmail.—Mohamed-ben-Ysmail

SUBIÓ Abu-el-Walid-Ysmail al trono de Granada el día 28 de la luna de Shawal del año 713. Mostróse codicioso del poder y lo conquistó á punta de espada; pero ya dueño de él supo conservarlo brillantemente en batallas peligrosas y aventuradísimas empresas. Tuvo que luchar durante su reinado con un enemigo resuelto, audaz y temible más que por sus ejércitos por una fuerza de voluntad incontrastable; y luchó, si no

siempre con ventaja, con un denuedo y una constancia que impusieron á sus mismos vencedores. De gran corazón, sobre todo de firmes creencias y hasta de un ciego fanatismo por su ley, amaba y provocaba los combates, se encarnizaba en ellos y se arrojaba con tanta fiereza sobre los vencidos, que raras veces llevaba consigo más despojos y cautivos que cadáveres había dejado en el campo y ruínas cubiertas de sangre en las ciudades. Según sus propias expresiones, no creía más que en Dios y su acero (1); y era implacable para los cristianos, en quienes veía no sólo á sus propios enemigos, sino á los enemigos de Alá, á los infieles de Dios que impedían se estableciese sobre la tierra el reino del Profeta. Respetaba y quería en cambio á los creyentes; pero los trataba severamente, sobre todo respecto á la observancia de las prácticas muzlímicas. Prohibió el uso del vino; y para que en ningún caso pudiesen los verdaderos musulmanes confundirse con los judíos, obligó á los judíos á llevar cierto distintivo exterior que bastase á distinguirlos.

Era jefe de los ejércitos de Castilla el príncipe D. Pedro; y apenas supo Abu-el-Walid-Ysmail que éste mandaba víveres al Nasr con buen número de cristianos fronteros por escolta, hizo salir para escarmentarlos toda la flor de su caballería. Lejos de alcanzar lo que pretendía, recibió la noticia de haber sido vencidas sus tropas en la batalla de Fortuna, y á poco la de que los cristianos, enardecidos por el buen éxito de esta primer campaña, se habían apoderado de las fortalezas de Cambil y Alhawar y estaban talando en derredor la tierra. Salió lleno de cólera con numeroso ejército; y al ver que estos se retiraban apresuradamente á sus fronteras, partió, deseoso de represalias, á Gibraltar, que consideraba no sin razón como la principal llave

(1) Era Ysmail, dice Conde, fervoroso en la creencia, ardiente y arrebatado defensor de ella, y como en cierta ocasión se tratase delante de él de los fundamentos y verdad de ella, cansado de oír sutilezas de los Alfakies y Alimés que disputaban, se levantó y dijo: Yo no conozco ni entiendo otros principios ni quiero más razones que la firme y cordial creencia en el omnipotente Alá, y mis argumentos están aquí, y empuñó su espada. (CONDE, parte 4.ª cap. 18.)

de su reino. Tuvo que retroceder ante los fronteros de Sevilla que fueron á socorrer la plaza; y apenas cerró la campaña, cuando vió otra vez dentro del reino al rey de Castilla, que tuvo la audacia de acercarse á tres leguas de Granada, pasar á Isnalloz, entrar en el arrabal de Pina y talar y quemar toda la huerta de Montegícar. Más despechado que antes, volvió á dejar la corte y correr contra su enemigo; pero no pudiendo tampoco alcanzarle, regresó á Granada, donde tuvo á poco el desconsuelo de saber la nueva entrada del príncipe cristiano y los sangrientos asaltos de Vélmez y Tiscar, que después de una defensa heroica, sucumbieron faltas de socorro. Irritado hasta no más, reunió y organizó cuantas gentes pudo; miró en tanto impasible cómo talaba el enemigo la Vega desde Alcaudete hasta Alcalá la Real; le vió sobre Illora y sobre Pinos; y no manifestó deseos de atacarle, ni movió su ejército hasta que le tuvo á las puertas mismas de Granada. Lleno entonces de resolución, encarga el mando de sus tropas á Mahragián, sale con su gente de reserva, entra en batalla, rompe y desbarata á los cristianos, los envuelve en una nube de lanzas y de alfanges, hunde en el polvo la ensangrentada frente del príncipe D. Pedro y la de D. Juan su hermano, da el alcance á los fugitivos, y venga con creces en una sola jornada todas las derrotas anteriores. Manda luego enterrar en el mismo campo todos los cadáveres, los de los cristianos desnudos, los de los muzlimes con la armadura para más honrarlos; y entra en la capital en medio de grandes aclamaciones y festejos públicos.

Alcanzó Ysmail esta victoria á fines del año 718 (1319). Salió otra vez, corrió la tierra, recobró las fortalezas perdidas, envió el cadáver de D. Juan á Córdoba, concedió las treguas que se le pidieron, mandó romper la guerra por la parte de Murcia y se hizo dueño de Huéscar, Ores y Galera, pueblos del Adelantado de Cazorla. Mas no fué aún entonces, sino después de concluidas las treguas, cuando mostró todo su ardor guerrero y su arrebatado celo por la fe muzlímica. Salió con gran hueste

contra Baza, la combatió noche y día con máquinas de guerra, y la obligó en breve á doblar ante sus armas la cabeza. Dirigióse al año siguiente á Martos, se apoderó al pronto de la fortaleza, escaló las murallas, peleó sin tregua hasta que pudo rechazar á los cristianos, entró en la ciudad, pasó á cuchillo hasta las mujeres y los niños, y rezó la Azala de Almagreb (oración de la puesta del sol) sobre un campo cubierto de cadáveres y sangre. Era difícil ganar entonces la ciudad de Martos. Mirada por los cristianos como el principal baluarte de sus fronteras, estaba bien defendida, y ya en otro tiempo había inutilizado los esfuerzos del mismo el Ahmar, que en todas sus campañas parecía llevar delante de sus banderas la victoria. Próxima á Jaén y sentada en la falda de una peña escarpada y ceñida de muros y torreones, parecía inexpugnable; pero Ysmail la venció, y, viendo que no podía conservarla en sus manos, la pasó á sangre y fuego como si se tratase de una ciudad rebelde.

Regresó á Granada con muchos despojos y hermosas cautivas, entre las cuales sobresalía por su belleza una muy joven que había arrancado de mano de la soldadesca uno de los más esclarecidos jefes muzlimes, el generoso Mohamed, hijo del walí de Algeciras. Fué recibido con entusiasmo frenético: no pasó por calle que no estuviese cubierta y entoldada de oro y seda, ni oyó en toda la ciudad más que vítores de triunfo, ni respiró mientras no llegó á su palacio sino el perfume de suaves aromas que ardían por todas partes en ricos y numerosos pebetes. Llegó á la Alhambra rebotando de júbilo, y también de amor á la cautiva; mas ¡ay! en medio de su ventura y de sus transportes de alegría, ¿cómo pudo olvidar á Mohamed, á quien había arrebatado aquella peregrina hermosura? Tres días después de la entrada en su capital, no bien acababa de salir de las puertas de la Alhambra acompañado de su vizir, vió brillar sobre sí la hoja de una daga, y cayó en el suelo heridas cabeza y pecho á puñaladas. ¡Traidores! exclamó: y tuvo la desventura

de reconocer en medio de las sombras de la muerte al ofendido Mohamed y á sus parciales, que, veloces como el rayo, se arrojaron sobre el vizir al verle desnudar la espada, le dejaron envuelto en sangre, y escaparon antes que los eunucos y guardias pudiesen haber oído los gritos de las víctimas (1).

Acaeció este regicidio el día 27 de Regeb del año 725. Fué efecto de unos celos, de una venganza particular; pero no tardaron en nacer crímenes no menos graves de pasiones más bastardas, de ambiciones desmedidas y tal vez injustas. El Nasr abrió la puerta á los destronamientos; Mohamed la abre ahora al asesinato. No hay ya esperanzas de mejor suerte para ese infeliz reino de Granada: el peso de sus triunfos quedará casi siempre contrabalanceado por el de sus delitos y el de sus discordias; y todos los días marchará con más rapidez á su fatal destino.

Recogieron á poco los ministros al desgraciado Abu-el-Walid-Ysmail, y le llevaron á la cámara de su madre. Se le curó; pero en vano, porque eran de muerte sus heridas. Fueron tan cortos los momentos de vida que le quedaron, que ni pudo arreglar la sucesión del reino: hecho que, á no haber sido por la prudencia del segundo vizir, habría envuelto quizá en otras guerras civiles esa trabajada monarquía. Apenas se tuvo en la ciudad noticia del inesperado suceso, subió el pueblo al palacio, deseoso de saber si peligraba la vida del monarca; se alborotó la guardia, empezó á agitarse el caudillo Ozmín, que estaba al parecer de acuerdo con los conjurados, y todo hacía presagiar que no tardarían en rugir al rededor del moribundo Ysmail las desenfundadas voces de la ambición y la discordia; mas el segundo vizir detuvo este movimiento asegurando en alta voz que las heridas del rey eran leves, y confirmándolo constantemente hasta los instantes en que éste exhalaba sus últimos suspiros. Al ver muerto á Ysmail, llamó al alcázar á Ozmín y á los

(1) Véase la pág. 197.